



# Roberto de Monvray.

## LA CRUZADA.

**N**oche horrosa! El cielo cubierto de negros nubarrones anuncia muy próxima la tempestad: los truenos retumbando á lo lejos aumentan la pavora de mi corazón... ¡Gran Dios! el desorden que reina en la naturaleza me pronostica, tal vez, que una estrella fatal va á presidir mi destino. — Gustavo no viene; quizá se ausentará sin darme el Adios postrero... me horroriza el pensarlo. — Por San Jorge, Miss Elena, desechad tan funestas ideas; Sir Gustavo, ocupado con los preparativos de la marcha, no habrá podido aun venir á estrecharos en sus brazos por última vez: el corazón de tan enamorado doncel jamás podrá olvidar á la que constantemente ha sido objeto de sus adoraciones. — Así lo creo, Margarita; pero mi pecho no puede desvanecer una sombra misteriosa que me sigue por doquiera: el

reloj del castillo ha marcado la hora de media noche, y el sobresalto que me agita va tomando un incremento extraordinario. Acércame el laud, trataré de disipar mi negra melancolía con sus sonidos armoniosos. = Sí, cantad aquella letra que Gustavo os dedicára en tiempos mas felices: yo en tanto, colocada en esta ventana, observaré si descubro á la incierta luz de los relámpagos las matizadas plumas de su penacho. = Elena tomó asiento, y pasando con dulzura su blanca mano sobre las cuerdas de la lira, entonó con acento melodioso la siguiente canción:

¡O, tú, mas hermosa  
que plácida flor,  
las voces escucha  
de un triste amador.  
Al ver tus encantos  
mi pecho latió,  
y el alma estasiada  
por tí suspiró.  
Tus labios risueños,  
me dieron un sí,  
mi dulce embeleso,  
yo muero por tí.



Tus gracias mas puras  
que rosa de Abril  
amar he jurado  
mil veces y mil.

Ya está aquí, dijo Margarita desapareciendo con la velocidad del rayo; y entrando á corto rato con un Paladín cubierto de soberbia armadura, ¡Elena!... ¡Gustavo! exclamaron los dos jóvenes estrechándose tiernamente y confundiendo sus ardorosas lágrimas = ¿me abandonas, Gustavo?... ¿y decías que me amabas?... = Sí, Elena, te idolatro; tu amor hace apreciable mi existencia... la deseo para contemplar tus gracias y decirte á cada instante que te adoro; acércate... ¿sientes palpar mi corazón? — ¿percibes el fuego voraz que le consume?... pues una mirada tuya le encendió, y una sola palabra bastaría para lanzarme al sepulcro: dime que ya no me amas y verás espirar á tus plantas al infeliz Gustavo... Pero escucha: cuando la Inglaterra se apresta para una Cruzada, cuando todos los Barones arman sus vasallos en defensa de la Cruz formando huestes numerosas, cuando el mismo Ricardo inflamado de un santo entusiasmo abandona el esplendor del trono, y sumiso á las exhortaciones del Arzobispo de Tiro, se propone la conquista del santo sepulcro, ¿querías que permaneciese en una vergonzosa inacción? ¿querías que pudiendo ornar mi frente con laureles inmarcesibles dejara cubrirse mi nombre de ignominia? — No, Elena; tú me amas y no puedes permitir que Gustavo se envilezca. Con todo, si el sacrificio de mi reputación es necesario á tu tranquilidad, pronto estoy á complacerle; pero antes escucha un secreto horroroso que devora mi corazón. Anoche... ¡me estremezco al recordarlo! visitando por última vez el monumento erigido á mi padre en la ca-

pilla del castillo, hacia un largo rato que oraba con el mayor fervor: la lámpara que arde sobre el altar despidiendo un opaco resplandor bañaba los objetos con una luz amarillenta... de repente un gemido espantoso interrumpe el silencio conmoviendo el cenotafio: la lápida que le cubre se eleva por sí sola, y un espectro armado, en cuyo pecho brillaba la santa insignia de los Cruzados, se presenta á mi vista. Al pronto juzgué sería un fantasma creado por el delirio de mi imaginación acalorada... pero mira cual sería mi asombro al escuchar una voz sepulcral que con acento airado me dice: *Gustavo, marcha á Palestina; los manes de tu padre bárbaramente asesinado reclaman tu presencia en aquel punto: Gustavo, véngale, ó de lo contrario prepárate á sufrir la maldición que fulminará contra tí desde la morada de los muertos.* — ¿Quién eres, sombra misteriosa, exclamé casi exánime de pavor? — Reconóceme, contestó el espectro, alzando con una mano descarnada la visera de su casco y dejándome ver las facciones de mi padre. — ¡Santos Cielos!... ¿será posible?... ¡padre adorado! juro por mi honor no enlazarme á la hermosa Elena de Koeng hasta tanto que vuestros manes sean aplacados; y si faltando á tan sagrada promesa dejase de cumplir mi juramento, caiga sobre mí vuestra justa maldición. Una leve sonrisa conmovió los labios cárdenos del espectro, y bajando de nuevo la visera desapareció. ¿Te estremeces, Elena? ¿suspiras al saber la obligación terrible que me he impuesto? pues bien: todo lo sacrificaré excepto tu amor: mi reputación, el juramento solemne que hiciera á mi padre á los pies del altar; arrostraré su maldición... los tormentos mismos del averno me serán indiferentes... ¿deseas que permanezca á tu lado? habla; dispuesto estoy á obedecerte. = No,



Gustavo; mi corazon se resigna á sufrir los horrores de una ausencia tal vez eterna: marcha en busca de la gloria, cumple tus promesas y vuelve á mis brazos para gozar en ellos las delicias del amor. Adios, Gustavo... ¡Adios! no olvides jamas que sin la esperanza de volverte á ver la existencia me fuera insoportable. = Adios, Elena, exclamó el Paladin exhalando angustiados suspiros y estrechando con pasion á la desolada vírgen. = Adios, repitió de nuevo alejándose con precipitacion del castillo. La triste Elena oyó por algunos instantes el ruido de su armadura, y al dejar de percibirle, lanzó un ¡ay! lastimero que el eco repitió con lúgubre sonido.

En tanto Gustavo se acercaba al puerto donde numerosos bageles aguardaban á los Cruzados para conducirlos á Palestina: los soldados y peregrinos esperando con ansiedad la hora del embarque formaban infinitos corrillos en rededor de las fogatas, halagando su imaginacion con lisongeros proyectos. El clarin anunció que la hora habia llegado, y el clamor universal de *viva el valiente Ricardo*, acompañado de mil canciones guerreras, resonó por algun tiempo en aquellas hermosas playas: un momento despues reinaba el mas profundo silencio; la escuadra se habia hecho á la vela, y los Cruzados perdieron de vista los azulados montes de Inglaterra.

### EL DESIERTO.

Adios, montañas queridas,  
donde vi la luz primera.  
Bella Escocia, amada patria,  
adios por siempre te queda.

Y tú, mi amante infelice,  
sensible y hermosa Elena,  
enjuga el amargo llanto,  
calma ya tu aguda pena.

Que si agora empuñando fuerte lanza  
la guerra busco en apartado suelo,  
tu imágen dando á mi valor pujanza  
muerte y terror esparcirá sin duelo.  
Al resonar tu nombre en Palestina  
veré temblar al Sarraceno osado,  
y en cien encontros, entre sangre y ruina,  
seré invencible y de laurel orlado.

Tu cariño  
y hermosura  
mi bravura  
aumentarán;  
y en combates  
y en torneos  
mil trofeos  
me ornarán.

Y en llegando al sepulcro sacrosanto  
dó reposára un Dios omnipotente,  
allí abismado en religioso encanto  
por tí oraré con entusiasmo ardiente;

Y surcando  
presuroso  
borrascoso  
y triste mar,  
á tus plantas  
inflamado  
y estasiado  
en dulce amar,  
tus encantos  
seductores  
entre amores  
miraré,  
y hasta el albo  
firmamento  
juramento  
elevatoré.

Así cantaba el valiente Gustavo, atravesando los ardorosos desiertos de Palestina. Cubría su elegante cuerpo soberbia armadura de purísimo acero y recamada de oro: ceñía su frente hermoso casco adornado de triple penacho, cuyas plumas meciéndose á impulsos del viento formaban airoas ondulaciones, ora levantándose con orgullo, ora descendiendo sobre el altivo cuello del Cruzado: empuñaba

:



grueso escudo y manejaba con destreza fuerte lanzon del cual pendia en magestuosos pliegues graciosa bandera. A corta distancia marchaban sus tropas compuestas de 40 caballos y 100 flecheros, ágiles como el corzo, valientes como los hijos de Alpino, y que vieron por primera vez el astro del dia en las ásperas montañas de Grampian. Con el mayor silencio avanzaba este corto destacamento, sufriendo impávido las fatigas y privaciones de una marcha capaz de aterrar al mortal mas temerario, cuyo corazon no ardiera en un santo entusiasmo y á quien no impeliera al deseo de conquistar á Palestina derrocando el poderío de los hijos de Mahoma. Sin embargo, el pecho de estos intrépidos Cruzados se veia oprimido continuamente por negros presentimientos. Sin guia en aquellos desiertos horrosos, consumidas sus provisiones, vacíos la mayor parte de los odres, bramando el huracan sobre sus cabezas y viendo elevarse á lo lejos mil torbellinos de arena, no podian menos de mirar con espanto envuelta su suerte en un misterioso porvenir. El mismo Gustavo, á quien ningun peligro, por inminente que fuera, haría retroceder, participaba tambien del mismo sobresalto. Sobreponiéndose á su pesar trató de alentar á sus soldados diciéndoles que en breve llegarían al campamento de los Cruzados, donde reponiéndose de las fatigas del viage y aumentando las filas de la fé, emprenderian la conquista del santo sepulcro, regresando á su patria cubiertos de gloria y cargados de riquezas. Empero nada era suficiente para reanimar el abatido espíritu de las tropas: la situación cada vez se hacia mas crítica, los camellos fatigados habian sucumbido; los odres se habian agotado y aun faltaban algunas millas para llegar al *diamante del de-*

*sierto*, único manantial en aquella vasta llanura. En tanto conflicto, separándose á un lado del camino, y llamando cerca de sí al anciano Alfredo, desahogó la pena que le oprimía en el corazon de su virtuoso amigo. = Bien veo, le dijo este, el precipicio á cuyo borde nos ha conducido nuestra estrella, y que si la tormenta que está pronta á estallar sobre nosotros no se desvanece, la muerte parece inevitable. ¿Pero ignorábais acaso que al confiarnos el impetuoso Ricardo tamaña empresa no abrigaba el pérfido designio de hacernos perecer en el desierto? su carácter altivo é indomable, y la ambicion desmedida que le domina, no podian tolerar á su lado á aquellos mismos que en las fronteras de Inglaterra abatieron el orgullo de sus armas. El nombre Escocés ha sido y será un símbolo de odio y envidia para la casa de Plantagenet. = No lo creas, Gustavo: tu escesivo amor á la Patria te hace descubrir en el alma de Ricardo vicios que realmente no existen. Entusiasta y celoso por el lustre de la caballería, jamas daria entrada en su pecho á pasiones tan rastreras. — ¿Pero no percibes el fresco cefirillo que ha sucedido al abrasador *Simoun*? Las mangas de arena se han disipado, y el sol, pronto á sumergirse en el profundo Occéano, nos deja entrever la esperanza de atravesar sin contratiempo la llanura. — Cruzados, tributemos gracias al Hacedor por habernos salvado de tan grave riesgo. — El destacamento hizo alto: soldados y peregrinos postrados en tierra elevaron sus voces al Empíreo. — Aun no habian concluido, cuando vieron levantarse á corta distancia una inmensa nube de polvo, oyendo distintamente el trote de numerosos caballos, resueltos á recibir la muerte antes que rendirse á los sectarios del Profeta, apercibieron las armas, y colocándose á su frente



Alfredo y Gustavo, aguardaron en actitud imponente al enemigo, que á rienda suelta y lanzando espantosos alaridos, se dirigia sobre ellos. El Geffe de los Arabes esforzando la voz con tono imperioso les dijo: *Nazarenos, deponed las armas, y abrazando la ley de Mahoma, Alá os colmará de beneficios: de lo contrario la muerte os aguarda tras una penosa esclavitud.* Una multitud de dardos que tendieron por tierra las primeras filas de los Arabes fué la única respuesta que dieron los bravos Escoceses: sostenido por ambas partes el combate con ardor, parecia indecisa la victoria; mas los Cruzados, inferiores en número, estenuados y exánimes de cansancio, hubieron de sucumbir al enemigo, que engreido con su triunfo y sediento de sangre cristiana descargó sobre ellos su bárbaro furor. El mismo Gustavo despues de haber hecho prodigios de valor, acosado por todas partes, cayó cubierto de heridas sobre el cadáver de su querido Alfredo. El desierto quedó en breve en la mas horrorosa soledad; los Arabes le habian abandonado entonando canciones Salvages con feroz alegría: el silencio del sepulcro reinaba donde poco antes retumbaba el crugido de las armas, y este terrible silencio era tan solo interrumpido por el rugido de las fieras y el lúgubre clamor del moribundo.

## LA ERMITA.

**C**reedme, respetable anciano, en el seno de la sociedad se cicatrizarán vuestras llagas: en ella encontrareis la calma que perdió vuestro pecho, y en

ella podré yo recompensar los favores de que os soy deudor.

La aurora coloraba las nubes con vivo resplandor, y sus rayos reflejaban en la estremidad de una tosca cruz, colocada sobre el ruinoso cobertizo de la ermita del desierto: dos personas se hallaban sentadas en un banco grosero practicado en la roca. Vestía la una un traje sencillo, pero elegante: la otra estaba envuelta en un largo ropon de burdo sayal. En el semblante de la primera brillaban todavía las gracias de la juventud: en la espaciosa frente de la segunda yacían marcadas las huellas profundas del tiempo. = No, replicó el anciano: mis llagas en vez de cicatrizarse en la sociedad brotarían torrentes de sangre. Largo tiempo he ocupado en ella un rango elevado; largo tiempo he vivido en esos pueblos que el siglo llama ilustrados y virtuosos, participando de sus miserias: en ellos he conocido al hombre; en ellos he aprendido á despreciarle. He palpado su ilustracion, sus virtudes: la primera la hacen consistir en el desenfreno de sus pasiones, en la corrupcion de sus costumbres: las segundas en la hipocresía y en un vano fantasma, en el honor. He visto esas naciones envilecidas denigradas hasta el extremo de hacer una guerra sangrienta, talar sus campos, devastar sus propiedades y llevar por doquiera la muerte y la desolacion, para ensanchar los dominios de sus tiranos ó satisfacer el capricho de sus gobernantes. He recorrido el catálogo inmenso de esos seres extraordinarios que el mundo designa con el renombre de héroes, y he visto en ellos otros tantos mónstruos vomitados por el infierno para oprobio de la humanidad—Sí, Gustavo; esa sociedad que tú propones á mi dolor, como áncora de salvacion, la tengo comparada á un cadáver corrompido, pero cubierto de ri-



cas vestiduras. De lejos fascina el brillo de sus atavíos; Pero ¡ay del incauto que seducido por tan falaces atractivos osa penetrar en su seno! El aliento emponzoñado del cadáver contamina su existencia: en vano corre en pos de la felicidad, ella se desvanece ante sus ojos como el humo: en vano busca la justicia, las virtudes... la envidia, la ambición, el orgullo contestan á sus lamentos, y se vé precisado á sofocar la voz de su conciencia en medio de la corrupcion general.—Aquí calló el anciano, y llevando una mano descarnada á sus amarillentas mejillas, enjugó las lágrimas que corrían de sus ojos amortiguados. Pues bien, replicó el jóven: si deseais vivir aislado, independiente, en mis dominios gozareis de una absoluta soledad. Hace un año que sin vuestra asídua asistencia mis heridas no se hubieran cerrado: sin vos habria perecido en el desierto: dejad ahora que un amigo dulcifique las penas de vuestra alma. Es imposible, contestó el anciano: para los males que tienen su origen en el alma, solo hay un remedio... Gustavo, uno solo; la tumba. Mi resolucion es invariable: en este recinto ignorado y solitario concluiré mis dias. Cuando sienta romperse el hilo de la vida, cuando conozca se estingue el fuego vital y que el frio de la muerte coagula mi sangre, me arrojaré á ese lecho de eterno descanso que mis manos han preparado, y en él exhalaré tranquilo mi postrer aliento. Mira, Gustavo, el sol ya brilla en el horizonte, y es forzoso que tribute mis homenajes á la Divinidad. En este mismo sitio cumpliré la palabra que te diera de revelarte mis secretos; pero antes, añadió enternecido, deja que te estreche entre mis brazos... dentro de una hora no podrás menos de aborrecerme. — Gustavo abrió sus brazos y recibió en ellos al solitario, que desasiéndose bruscamente lanzó

un profundo gemido, y desapareció internándose en la gruta. Asombrado de la conducta extraordinaria del ermitaño, permaneció abismado en las mas serias reflexiones, cuando vino á distraerle una voz balbuciente que entonaba la siguiente cancion:

Salve, Hacedor supremo y misterioso;  
el fúnebre lamento  
de un triste pecador osa elevarse  
hasta los pies del invisible trono  
do tu poder inmenso  
recibe del mortal plácido incienso.

Perdona, ó Redentor; sé que te ofendo,  
sé que el crimen nefando  
mi pecho abriga y tu rigor provoca:  
duélate mi penar, mi acerbo llanto,  
y el rayo temeroso  
no vibres contra mí, Dios poderoso.

Olvida mi impiedad; torna á mi pecho  
el fuego sacrosanto  
con que adoraba tu grandeza un tiempo:  
convierte por tu amor mi alma ofuscada,  
no sea que al averno  
baje á gemir en el dolor eterno.

Concluida la plegaria, el solitario apareció de nuevo, y colocándose al lado de Gustavo, le dijo: ha llegado el momento de que vuestra curiosidad sea satisfecha: prestadme atencion. — Heredero de la casa de Monwray, una de las principales de Escocia, hubiera sido feliz á no privarme el destino de los cuidados paternos. Huérfano en mi infancia y entregado á manos mercenarias, mi educacion fué abandonada, y á mi entrada en el gran mundo carecia de los conocimientos indispensables para contener el imperio de las pasiones. Dueño de una inmensa fortuna, en breve me hallé rodeado de una turba de aduladores, que enmascarados bajo el nombre de amigos, rasgaron el velo de mi inocencia inculcando en mi alma doctrinas perniciosas, y arrastrándome en el torrente de sus criminales placeres. Bien pronto figuró mi nombre entre los mas osados libertinos, que apro-